



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

10 – Yauán se sale con la suya, pero no se rinde

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 10 – Yauán se sale con la suya, pero no se rinde



Cada día Bartacûsh se llegaba hasta la Iglesia de Oro, se acercaba hasta el tragaluz y charlaba con su maestro, contándole los últimos chismorreos de la ciudad. Así fue cómo evocó las azañas de Ibrahim: su trifulca con el joyero, y cómo, durante la misma, se hizo con el puñal y la funda de Dukás; la forma en que liberó a los prisioneros de guerra musulmanes, procurándoles tiendas, y todo lo demás.

– Qué desgracia, *figlione* –suspiró tristemente el monje maldito– ¿qué puedo hacer yo?: ¡Y pensar que estoy encerrado en esta diabólica columna, y que mientras tanto el hijo del Korani tiene toda la ciudad para distraerse y pasar el rato! ¡Ah, Sable de Bizancio! ¡mi fámulo, mi *figlione*! ¡con las privaciones que he sufrido para educarte, si no me liberas pronto, voy a perecer aquí y terminaré *morto*!

– ¡Cuenta con ello! –se burló Bartacûsh– ¡Ya puedes reventar dando voces! ¡menudo descanso para todo el mundo!

– ¡En este momento no estamos para bromas, Bartacûsh! Harías mejor en buscar un medio para sacarme de aquí: Cristo, nuestro Señor, te recompensará por ello.

– ¡Por supuesto, *abbone*! –se burló Bartacûsh– A partir de mañana, me presentaré al Consejo de Federico y le diré: “¡Por favor, *babb*, libera a Su Beatitud Yauán!” Y si eso no da resultado, entonces, ¡desenvaino la *santa-maría* y le hago la *mantara* a Federico, al hijo del Korani, al hijo de la Diablete¹ y a Edamor, de propina, y luego, yo vengo y te libero!

– Ah, ¡cómo te burlas de mí, *marfús*! ¡Espera a que salga de aquí, que tengo unas palabras que decirte!

Mientras andaban intercambiándose estas lindezas, se oyó de pronto tronar al cañón.

– Ve a ver qué pasa, Sable de Bizancio –le dijo Yauán a su acólito.

Éste se eclipsó un instante y al momento volvió anunciando:

– *Abbone*, es Dukás, el hijo del *babb* Federico, que ha regresado.

¹ Ese es el nombre que los francos dan a Saad: “la diablete” es una deformación del nombre de su padre, Dibl El-Baysâni.

Hay que señalar, que el emperador tenía cinco hijos¹; el mayor era precisamente Dukás; luego, venían Salíb, Salbún, Marín, Martín y Dumar, que era el más joven. Como ya hemos contado antes, Dukás había partido a las provincias para recaudar el dinero de las aduanas. Cumplida su misión, volvía a Roma, y, como era uno de los personajes más importantes del reino, se había disparado una salva para saludar su retorno, pues esa era la costumbre.

– ¡Estupendo, *figlione!* ¡acabo de salir de rositas de este asunto! –exclamó exultante Yauán– ¡Pásame rápido un tintero, pluma y papel!

Bartacúsh se fue a buscar todo lo que le acababa de pedir, y Yauán redactó una nota que pasó a su fámulo.

– ¿Y qué quieres que haga yo con esto? –le preguntó Bartacúsh, siempre desconfiado.

– Escucha, Sable de Bizancio, lo único que te pido es que guardes esta nota, como lo más valioso del mundo, hasta el domingo. Ese día vas a ir a plantarte a la puerta de la Iglesia y a esperar allí la llegada de Dukás; siempre va a oír misa a esa iglesia. Cuando pase delante de ti, le abordas, le entregas la nota en mano, y eso es todo. Al menos eso, espero que esté a la altura de tus fuerzas ¿no?

– ¡Desde luego, *abbone*, eso no es nada difícil! –respondió Bartacúsh guardándose la nota.

Al siguiente domingo, Bartacúsh se levantó al alba y se plantó a la puerta de la Iglesia de Oro; poco después vio llegar a Federico, seguido de los grandes del reino y de los visires, entre los que se encontraba Dukás, escoltado por varios guardias. Bartacúsh se atravesó en su camino, le saludó humildemente y le tendió la nota. Dukás la cogió, la abrió, y leyó lo siguiente:

“*De Su Beatitud Yauán a mi figlione Dukás.*

Figlione, has de saber que me encuentro preso en la Iglesia de Oro, sin haber cometido ni crimen, ni falta alguna. Ven a verme, y hablaremos por el tragaluz.”

– Pero ¿por qué demonios han encerrado a Su Beatitud Yauán en la columna? –gritó Dukás furioso.

– ¿Cómo lo voy a saber yo? –replicó Bartacúsh– Tu padre es el que ha dado la orden.

– *Prende animam meam subito, Domine, quia illa non habeo bisognam!* ¿Es que, a mi padre, el emperador, le da igual que la tierra y el mar se traguen nuestra ciudad²?

– ¿Qué quieres que te responda? Ve a ver a Yauán, puede que él te lo explique.

Dukás se apresuró a ir adonde el monje maldito.

¹ En realidad, serían seis; pero el narrador, con frecuencia, cuando enumera a los miembros de un grupo, tiende a excluir al primero o al más importante; en este caso a Dukás. En la historia real, Federico II Barbarroja solo tuvo dos hijos legítimos: Manfredo y Enzo, y un bastardo, Conrado.

² Para fanatizar mejor a sus incondicionales seguidores, Yauán les ha persuadido de que él era capaz de hacer milagros así.

– ¡Ah, por fin estás aquí, *figlione* Dukás! –gimoteó Yauán– Como puedes comprobar, hijo mío, me han encerrado en esta columna, forzándome a soportar con valentía esta terrible prueba... ¡En fin, la muerte no tardará en liberarme!

– Pero, dime ¿por qué crimen te han encerrado aquí?

– ¡Vamos, hijo mío! ¡Como si Yauán, hijo de Asfut, fuera capaz de cometer un crimen!

Para abreviar; el maldito monje le sirvió todo un elaborado discurso de los que acostumbraba a utilizar para seducir a sus víctimas.

– Así que, *figlione* –dijo para concluir– yo intento tomarme estos sufrimientos con paciencia, por consideración hacia vosotros, pues con una sola palabra que yo pronunciara, Roma se hundiría entre las olas: tú lo sabes bien, *figlione*, yo detento el Poder de la Prueba, y sólo con que dijera “Oh mar, transfórmate en mar”; solo eso bastaría para que todo el mar, se transformara en mar...

– Sí, pero, *abbone*, desde el momento en que mi padre te ha encerrado en esta columna con el beneplácito del patriarca Mushamshín, yo no puedo oponerme directamente a su decisión. Tendrías que buscarme tú una buena estrategia para sacarte de aquí.

– Ya está todo pensado, *figlione*: Mañana, te presentarás en el Consejo de Federico armado de pies a cabeza, y te arrojarás a sus pies, suplicándole que me libere. Si acepta, por mi religión, que yo le quitaré diez años de su vida y de la de cada uno de tus hermanos y te los pasaré a la tuya; pero, si rechaza tu petición, sacarás la *santa-maría*, te lanzarás sobre tu padre, y le cortarás la cabeza. En el acto, vendrás a liberarme para que yo te ciña el *zonnâr*¹, y eleve tu *chinyâr*², proclamándote emperador de Roma, la madre de todas las ciudades.

– Sí, pero... ¿no es pecado hacer una cosa así? –se inquietó Dukás.

– ¡Por supuesto que no lo es y, además, tienes todo el derecho del mundo a hacerlo! ¡Tú, no tienes más que seguir mi consejo, y verás descender sobre ti las bendiciones como si te llovieran del cielo!

– *Ala teshta* –otorgó el príncipe, totalmente fanatizado.

A la mañana siguiente, tal y como se había previsto, se colocó su armadura y se presentó en el Consejo del *babb*. Su entrada fue saludada entre un respetuoso murmullo, y su padre, con una señal, le invitó a sentarse; pero Dukás se plantó ante el trono, preguntando con voz atronadora:

– ¿Quién te crees que soy yo, oh, *babb*?

– Tú eres mi *figlione* más querido, Dukás –le respondió el emperador.

– Y también me vas a venir con eso de que yo soy tu primogénito –añadió irónico el príncipe–, pero jamás te he pedido favor alguno. Ahora bien, hoy justamente vengo a

¹ Especie de fajín ancho, de lana, que ceñían tradicionalmente los cristianos orientales (palabra de origen griego).

² Estandarte de los francos (del castellano *señal*); en el pasaje precedente, *sonnâr* y *shinyâr* son asimilados a las insignias reales.

suplicarte que me concedas uno, por el amor que dices que me profesas, y para no dejarme enojado.

– ¡Dalo por hecho, *figlione!* ¡Hasta si me pidieras mi reino, te lo daría de todo corazón! Dime de qué se trata.

– Quiero que me concedas el perdón de un prisionero.

– Aceptaré tu intercesión a favor de todos los habitantes de la tierra –a condición de que estén bajo mi gobierno–; para todos, salvo para Yauán, para él, no aceptaré intercesión alguna.

– Pues bien, justamente he venido a implorar tu gracia para Su Beatitud Yauán –replicó Dukás con una voz llena de cólera.

– ¡*No, pardono!* Ese es un sembrador de cizaña, al que la asamblea de patriarcas ha condenado a muerte: ya he hecho bastante, conmutándole su pena de muerte por la de cadena perpetua. Vamos, hijo mío, no te mezcles en este asunto.

Furioso, Dukás se llevó la mano al sable y gritó:

– ¡Por las bendiciones de los antepasados del padre Yauán!

Ya estaba Dukás a punto de lanzarse sobre el emperador y asesinar a su propio padre, siguiendo el consejo del monje maldito, cuando Ibrahim, lanzando un grito tremendo, le dejó petrificado de espanto.

– Pero bueno, ¿vas a parar ya o qué? ¡Pedazo de mocoso! ¡Jodido franco, perro sarnoso! ¿Cómo te atreves a levantar la espada ante tu padre y en presencia de Ibrahim, hijo de Hasan?

Pero el espanto de Dukás solo duró un instante, y pronto recobró la compostura.

– ¡*Basta*, hijo del Korani! –exclamó con una voz trágica– ¡Si he desenvainado mi *santa-maría*, no ha sido para matar a mi padre, sino para atravesar mi cuerpo!

Apoyando la empuñadura de su espada en el suelo, y volviendo la punta hacia su propio pecho, prosiguió dirigiéndose a su padre:

– ¡Ten cuidado, *babb!* ¡Te juro por el honor de mi religión, que, si no me concedes el perdón para Yauán, yo me clavo la espada y me atravieso de parte a parte!

El *babb*, que amaba a Dukás más que a todos sus otros hijos, ante este espectáculo creyó perder la cabeza.

– ¡Detente, desgraciado! Espera un instante. Por piedad, hijo del Korani –continuó el emperador dirigiéndose a Ibrahim–, ¡Es mi hijo Dukás! ¿Cómo podría yo presenciar que se diera muerte? Te lo suplico de rodillas, dame el permiso de soltar a Yauán y liberarle de su cadena perpetua.

– Escucha, *babb*, yo ya os he entregado a Yauán; ahora es todo vuestro –declaró Ibrahim con su acostumbrada flema– Si quieres soltarlo, me da lo mismo, y si quieres dejarlo en prisión, pues es asunto tuyo. A mí, lo único que me interesa es cobrar el rescate; de lo demás, arreglaos entre vosotros.

– ¡Gracias, hijo del Korani! –esclamó efusivamente Federico.

Rápidamente, ordenó a su primer ministro que escribiera una nota para el patriarca Mushamshîn, anunciándole que se le había concedido el perdón a Yauán, por lo que le rogaba que le dejara en libertad. Una vez redactado el documento y legitimado con el sello real, se lo entregó a su hijo.

– Toma, *figlione*, ve a liberar a Yauán; pero no olvides que debe abandonar la ciudad de inmediato –le recomendó.

Casi sin aliento, Dukás se presentó en la Iglesia de Oro y entregó el mensaje al patriarca, que envió a un monje para que sacara al prisionero de su celda. Minutos más tarde, el príncipe salía de la iglesia, acompañado de Yauán y Bartacûsh.

– ¿Cómo te las has apañado para obtener mi liberación, *figlione*? –le preguntó el monje maldito.

– Ha sido difícil, *abbone*, y he arriesgado mi vida en ello; pero lo he conseguido... Aunque, mi padre me ha puesto una condición, y es que abandones la ciudad hoy mismo, antes de que anochezca.

– ¡Qué desgracia la mía, *figlione*! ¿qué fuerzas crees que tengo yo como para emprender un viaje ahora mismo, con todos los sufrimientos y privaciones que me han reducido a estos despojos que ves? ¿No podrías, más bien, ocultarme en tu palacio, sin que nadie se diera cuenta? De ese modo ganarías mis bendiciones y mis plegarias. Solo unos cuantos días, el tiempo necesario como para que recupere mis energías... Si tu padre te interroga, solo tienes que decirle que he partido: no temas contarle una mentira, yo te absuelvo por adelantado. ¡Por mi religión, si me conduces a tu casa, quitaré veinte años de la vida de Federico y se los añadiré a la tuya; además de todas las bendiciones que haré llover sobre ti!

– Sí, pero tengo miedo de que mi padre se entere.

– ¡Nada temas, yo respondo de todo!

Engatusado por todas aquellas falaces promesas, Dukás invitó a Yauán y a Bartacûsh a seguirle hasta su palacio, en donde les hizo pasar por una puerta disimulada, que daba directamente sobre el harén; los alojó en las mejores habitaciones, en donde fueron tratados como príncipes. Cuando llegó la noche, Dukás fue a reunirse con ellos; encendieron candelabros, fanales y candeleros de aceite, colocaron ante ellos una mesa con una abundante colección de botellas de vino y aperitivos, y se sentaron para disfrutar del *bibar* (empinar el codo).

Mientras animaba al príncipe a que bebiera, Yauán se empleaba a fondo, usando todas las trapacerías de su malvada y venenosa lengua, para seducirle.

– A ver, *figlione* Dukás, ¿qué tal si me cuentas un poco lo que ha hecho el hijo del Korani desde que está en Roma? –le preguntó, sabiendo perfectamente lo que le iba a responder; pero se trataba de una trampa.

El príncipe, entonces, le contó la algarada de Ibrahim con el joyero, durante la que se apoderó del puñal y la vaina; luego, pasó al asunto de la liberación de los cautivos; en resumen, de todo lo que ya hemos narrado a esta noble audiencia que me escucha.

– ¡Qué desgracia, *figlione!* –gimió el monje maldito– ¡Cómo puedes quedarte indiferente ante tantos horrores!

– ¿Y qué puedo hacer yo? –protestó Dukás– ¡Se trata nada menos que del embajador del rey y del hijo del Korani!

– ¡Lo que os pasa a tu padre y a ti es que sois unos cagados! ¡Eso es todo! ¡Ah, *marfûs!* ¡Con todas las humillaciones a que os ha sometido el hijo del Korani, y váis a dejarles volver tranquilamente a su casa! Ya estoy viendo al hijo del Korani alardeando por todas partes, mientras se atusa sus bigotazos: “¡Sí, hemos ido a Roma, allí he comprado este puñal y su funda por quince ducados, después de cargarme al vendedor! Luego, ¡he liberado a doce mil cautivos musulmanes ante las narices y las barbas de Federico, y nadie se ha atrevido a decirme nada!” Después de esto, dime, ¿qué respeto puede esperar tu padre de los musulmanes, o de los reyes francos? ¡Basta ya! ¡Mañana vas a reunir a todos los patricios que están bajo tus órdenes; les vas a decir que se armen de pies a cabeza y os váis a emboscar en el trayecto que va desde el palacio de Marín hasta la sala del Consejo de Federico! ¡En cuanto les veais llegar, ordena a tus hombres que desenvainen sus *santa-marías*, y no mostréis piedad alguna! Yo, personalmente, respondo del resto.

– Pero, tú, ¿de qué vas, *abbone?* –Se indignó Dukás– ¿Te estás quedando conmigo, o qué? Al final va a ser verdad todo lo que me habían dicho de ti: ¡lo único que te interesa es sembrar cizaña y enviar a los demás a que estiren la pata! Así es como me recompensas de todas las molestias que me he tomado para obtener tu libertad. ¡Por mi religión, que voy a devolverte ahora mismo a la endemoniada columna!

– ¡Basta! No hablaba en serio, *figlione*. ¿Es que a ti no te gusta gastar bromas mientras empinas el *bibar?*

– ¡Francamente, esa broma la encuentro de mal gusto!

– No pasa nada, hablemos de otra cosa... Mira, a propósito, ¿sabías tú que el hijo del Korani sabe hacer un truco realmente *bono?* Aunque, tal vez ya se lo haya mostrado a Federico.

– ¿De qué se trata, *abbone?*

– Pues verás; es capaz de salir al campo de justas y batirse en liza él solito contra mil caballeros, ya sean francos, persas, o musulmanes, y lo mejor es que solamente va vestido con una camisa de tela, sin coraza, y armado únicamente con una *santa-maría*. Además, presume de que, si uno de sus adversarios está a punto de golpearle, con el sable o con la lanza, estará en todo su derecho de hacerlo sin que él pida por ello el precio de la sangre vertida; a cambio, Ibrahim, se compromete a no verter la sangre de ninguno de sus

adversarios. ¡Pues bien, él es capaz de marcar a mil caballeros, sin que a él le toque ni uno solo!

– ¡Por mi religión, *abbone*, jamás había oído hablar de algo así! –se extrañó Dukás–
¿Cómo es posible que el hijo del Korani, él solo, sin armadura, sin escudo, ni casco, llegue a marcar a mil caballeros sin que ninguno de ellos consiga hacerle ni un arañazo? ¡No me lo puedo creer!

– ¡Si no te lo crees, compruébalo tú mismo! Mañana, en el Consejo, te acercas a él y le dices tal y tal cosa...

Y el maldito monje Yauán le explicó con todo detalle lo que tenía que hacer.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.11 – El torneo trucado